





Fiódor
Dostoievski





Fiódor Dostoievski

Henri Troyat

A

Troyat, Henri

Fiódor Dostoievski. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2014.
464 p. ; 16x23 cm.

Traducido por: Amanda Forns de Gioia

ISBN 978-950-02-0828-4

1. Dostoievski, Fiódor. Biografía. I. Forns de Gioia, Amanda, trad.

CDD 927

Fiódor Dostoievski

Título original: *Dostoïevski* de Henri Troyat

© Librairie Arthème Fayard, 1960

Traductora: Amanda Forns de Gioia

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: noviembre de 2014

ISBN 978-950-02-0828-4

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en noviembre de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Primera parte

1. La familia	13
2. Darovoie	25
3. Primeras lecciones, primer duelo	31
4. El Castillo de los Ingenieros	39
5. La muerte del padre.....	51
6. La vocación.....	57
7. <i>La pobre gente</i>	69
8. Los salones	83
9. De <i>El doble</i> a <i>La patrona</i>	93
10. La debacle.....	105

Segunda parte

1. La conspiración	113
2. La prisión	127
3. El cadalso	137
4. El presidio	151
5. La triple revelación	171
6. Semipalatinsk	179
7. María Dmitrievna Isaiev	187
8. El escritor-soldado	205
9. Tver	215

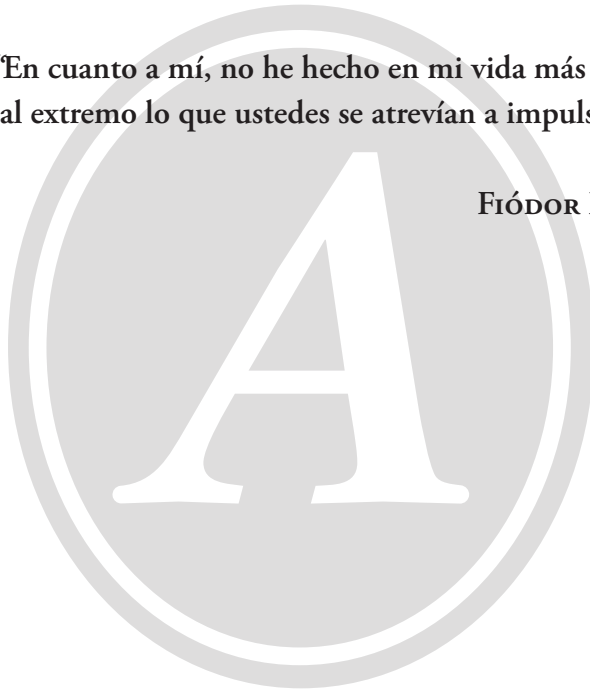
Tercera parte

1. Del periódico a <i>La casa de los muertos</i>	223
2. Primer viaje a Europa. El caso polaco.....	237

3. Segundo viaje a Europa. Paulina Suslova	243
4. Memorias del subsuelo. Las dos muertes	257
5. El viudo	265
6. <i>Crimen y castigo</i>	275
7. Anna Grigórievna	289
8. Dostoievski en la ruleta	299
9. El exiliado	313
10. <i>El idiota</i>	325
11. <i>El eterno marido</i> . Elaboración de <i>Los endemoniados</i> . La guerra	341
12. <i>Los endemoniados</i>	355
<i>Cuarta parte</i>	
1. <i>El adolescente</i>	375
2. <i>Diario de un escritor</i>	391
3. Génesis de <i>Los hermanos Karamazov</i>	403
4. <i>Los hermanos Karamazov</i>	407
5. Las fiestas en honor de Pushkin	425
6. El fin	437
Post mórtem	447
Bibliografía	457

“En cuanto a mí, no he hecho en mi vida más que impulsar al extremo lo que ustedes se atrevían a impulsar a medias”.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI





Primera parte





La familia

María avivó las estufas y aconsejó a su marido, Stanislav Karlovich, que no demorara en tomar un baño de vapor. Él obedeció, sin sospechar que esa preocupación por la higiene le sería fatal. Al salir de la bañía de tablas reservada a las abluciones señoriales, fue asaltado por Yan Tur, un individuo a sueldo de su mujer, que lo hirió de un balazo. Tambaleando, Stanislav Karlovich se precipitó hacia la casa. Las puertas habían sido cerradas desde adentro con cerrojo por orden de María. Mientras el desdichado golpeaba desesperadamente el batiente con el puño, su agresor lo alcanzó y lo ultimó de un sablazo. “¡Llévenselo al diablo!”, dijo la viuda a los que le presentaban el cadáver.

Tendieron al muerto en unas parihuelas. “Cerca de la entrada había charcos de sangre que lamían los perros y los cerdos”.*

Amenazado a su vez por la arpía, su hijo adoptivo, Cristóbal Karlovich, escapó a la casa de un vecino. En el acto, sin acobardarse, María confeccionó un falso testamento para apropiarse de la herencia del difunto. Cristóbal Karlovich la denunció. La investigación comprobó la exactitud de sus acusaciones y la culpable fue condenada a muerte. Mientras tanto, María había contraído un nuevo matrimonio.

Esta historia, que pudo haber sido el episodio central de una novela de Dostoievski, es la aventura auténtica de María Stefanovna Dostoievski,

* Actas editadas por la comisión encargada de la reconstitución de antiguos documentos civiles (tomo XVIII).

antepasada del escritor, en 1606. Pero es un siglo antes cuando aparece por primera vez el apellido Dostoievski en las crónicas lituanas.

En efecto, el 6 de octubre de 1506, el príncipe de Pinsk obsequia al boyardo Daniel Ivánovich Irtichevich varias aldeas, entre ellas, la de Dostoievo. Los descendientes del boyardo Irtichevich tomarán el nombre de Dostoievski. Un Fiódor Dostoievski perteneció al entorno del famoso príncipe Kurbski, cuya historia celebra la poesía rusa y que, huyendo de la cólera del zar Iván el Terrible, se refugió en Lituania, desde donde le dirigió misivas admirables por su encendida verba y dignidad. Hacia la misma época, un Rafael Ivánovich Dostoievski fue culpado de estafa y malversación de fondos públicos. Otros Dostoievski serán jueces, sacerdotes, capitanes. Un Akindy Dostoievski murió en olor de santidad en el monasterio de Kíev. Un Stephan Dostoievski pudo escapar de las prisiones turcas en 1624 y colgó las cadenas de plata ante el ícono de la Virgen de Lvov. Un Shashny Dostoievski y su hijo participaron en el asesinato de un staroste, el representante de la aldea, en 1634. Un Felipe Dostoievski respondió, en 1694, por sangrientas incursiones y pillajes en las tierras de sus vecinos. Ladrones, asesinos, magistrados, visionarios, gente de mal vivir, esa ascendencia en donde el mal y el bien se asocian en cada generación, parece prefigurar la propia obra de Dostoievski.

Mientras tanto, a mediados del siglo xvii, una rama de la familia se instaló en Ucrania, se resistió braviamente a las influencias católicas polacas, y sus representantes pasaron, en su mayoría, a las filas del clero ortodoxo. Monjes o sacerdotes, su existencia nos es apenas conocida. Perdido su esplendor, privados de sus dominios, atados al servicio de Dios, parecían destinados a la probidad modesta y al olvido. Tanto es verdad que la virtud desalienta a la historia.

El padre de Mijail Andréievich Dostoievski era sacerdote, siguiendo el ejemplo de sus antepasados, y no concebía que otra vocación pudiese atraer la imaginación de su hijo. Fue un gran escándalo cuando el joven, de quince años entonces, pretendió dedicarse a la medicina.

Apoyado en secreto por su madre, abandonó la casa familiar y se estableció en Moscú.

No conocía a nadie en la ciudad. Tenía poco dinero y aún menos experiencia. Sin embargo, se entregó al estudio con energía, fue admitido en la Escuela Médico-Quirúrgica, curó heridos en la campaña de 1812 y obtuvo el grado de mayor del ejército.

Los regimientos se sucedieron a los regimientos, las guarniciones a las guarniciones, los grados a los grados y, el 24 de marzo de 1821, Mijaíl Andréievich fue nombrado médico residente en el hospital para pobres. Mediocres distinciones honoríficas jalonaron esa carrera comenzada en un raptó de rebeldía y proseguida en la quietud de un cargo administrativo. Una cruz de San Vladimiro de cuarta clase, una cruz de Santa Ana de tercera, luego de segunda clase, un nombramiento modesto de asesor, fueron las magras recompensas de su esfuerzo. Entretanto, el mayor se había hecho inscribir en el libro de la nobleza hereditaria de Moscú.

En 1819, Mijaíl Andréievich desposó a María Fiódorovna Netchaiev, hija de un comerciante, que le aportó una estimable dote, un amor sincero y un sentido común doméstico a toda prueba.

Era sensible, dulce, humilde, con un bello rostro un poco fatigado. Un retrato al pastel de Popov la representa vestida y peinada a la moda de 1820. Sedosos bandós encuadran su cara corta de grandes ojos soñadores y labios sin sonrisa. El mismo pintor ejecutó el retrato de Mijaíl Andréievich Dostoievski. Un rostro campesino, de cejas levantadas hacia las sienes, boca fuerte, mentón grande. Unas patillas cuidadosamente afinadas le descendían hasta la mitad de las mejillas. El cuello rígido, bordado en oro, de su uniforme, le subía hasta las mandíbulas. Tenía una mirada fija y helada de pájaro.

Sus comienzos penosos y sus éxitos mediocres agriaron el carácter de Mijaíl Andréievich. Era duro consigo mismo y con los demás. Pero hasta en su severidad carecía de grandeza. Hosco, desconfiado, minucioso, jugaba al déspota de entrecasa. Era hombre de horarios ordenados,

de preeminencias familiares severamente respetadas, de disciplina doméstica y de mojigatería. El amo después de Dios. No obstante, este jefe engreído padecía de excesivo sentimentalismo. Solían acosarlo bruscos accesos de tristeza, y entonces se confiaba a su mujer.

–Siento un pesar mortal. Ya no sé adónde ir. ¡Solo Dios sabe qué ideas me asaltan en pleno día y en mis sueños!

Ella se asustaba al verlo tan dolido, y él gozaba como un fino catador de esa cándida preocupación.

“Mi corazón se angustia –le escribe ella durante una breve separación– cuando te imagino tan triste. Te lo suplico, ángel mío, Dios mío, cuídate, al menos por mi amor; recuerda que lejos de ti yo te deifico y que te amo más que a mi vida, a ti, mi único amigo”.

Así la desdichada trataba de devolver a ese tiranuelo bienamado un poco de su insoportable seguridad. Y él la dejaba hacer, distendido, apiadado, gruñón. Pero, pasada la crisis, volvía a subirse a su irrisorio pedestal.

En realidad, este personaje no era esencialmente malo. Ni siquiera era malo. Amaba a su mujer por la adoración que suscitaba en ella. No infligía castigos corporales a sus hijos, aunque ellos los habrían preferido a sus terribles cóleras blancas, de agresión desde la pasividad. Se abstuvo de beber mientras vivió María Fiódorovna y, cuando se abandonó a la embriaguez, tuvo al menos la excusa de ser viudo y estar desesperado. En cuanto a su proverbial avaricia, algunos biógrafos trataron de justificarla por la mediocridad de sus ingresos y la lentitud de sus ascensos. Su sueldo de cien rublos era por cierto modesto, pero la dote de su mujer y los ingresos de la clientela privada, además de la probable ayuda que le brindaban parientes suficientemente ricos, tales como los Kumanin, le permitían llegar fácilmente a fin de mes. Parece exagerado hablar de miseria en cuanto a Mijaíl Andréievich, pues tenía alojamiento por parte del Estado, disponía de siete criados dependientes del hospital y de cuatro caballos particulares.

En 1831, hasta compró una propiedad a ciento cincuenta verstas, es decir, ciento sesenta kilómetros, de Moscú, en la gobernación de Tula. Se componía de quinientas “deciatinas” de tierra, unas quinientas cincuenta hectáreas, y de las aldeas de Darovoie y de Cheremashni, que contaban con casi cien “almas”.*

Sin embargo, el nuevo gentilhombre rural no dejaba de quejarse en las cartas que enviaba a su mujer, que se encontraba en el campo con los niños: “Recibí todo, excepto dos frascos de licor que, al decir de Gregori, se rompieron. Me pregunto, mi bienamada, si se rompieron solos o si los vaciaron antes y los rompieron después...”.

Y también: “En casa todo está tranquilo, aunque Vasilisa ha despertado mis sospechas varias veces. Pero ahora la vigilo. Escíbeme, mi bienamada, para decirme cuántas botellas y frascos de licor te quedan en el armario”.

En otras cartas, pide a su mujer darle cuenta detallada de la platería, sin omitir las piezas desaparejas: “Me escribes que debo tener seis cucharas de sopa, y solo tengo cinco. También me escribes que hay una cuchara rota en la cómoda. No la encontré. ¿No te habrás equivocado?”.

Y la intima a que le envíe con urgencia la lista exacta de sus vestidos y gorros. Así, a través de la correspondencia de los dos esposos, esos detalles mezquinos de usurero alternan con los desbordes líricos de la pasión conyugal.

En Moscú, los Dostoievski vivían en una dependencia del Hospital María.** Su fachada, majestuosamente ornada de columnas dóricas y defendida por una verja con pilastras coronadas por leones, daba sobre la Bojedomka o “calle de las casas de Dios”. Y, en efecto, los aledaños de

* Siervos afectados a una propiedad. El propietario pagaba por ellos un “impuesto a las almas” creado por Pedro el Grande. (N. de la T.).

** El hospital de los pobres.

la Bojedomka solo comprendían establecimientos de asistencia y educación: orfanatos, asilos de mendigos, los institutos Alejandro y Santa Catalina para niñas nobles. Un refugio de mezquindad administrativa, de fealdad modesta, de pobreza socorrida. El barrio reservado a la miseria y los pesares.

El alojamiento de los Dostoievski era una casa de una planta, construida en un seudostilo Imperio y rodeada de un jardín. Detrás de la reja de ese jardín comenzaba el parque interior del Hospital María, con sus pabellones tipo cuartel, sus tilos y su iglesia privada. Todo un mundo misterioso y lamentable adonde a los niños se les prohibía entrar.

La vivienda de los Dostoievski se componía de dos habitaciones y una entrada. Un tabique improvisado dividía el vestíbulo. El cuartucho así delimitado servía de dormitorio a los hijos de Dostoievski. Carecía de ventanas y sus paredes estaban pintadas a la cola en color gris oscuro. Más lejos, una habitación de color amarillo canario. Finalmente, el salón azul cobalto. Más tarde se le agregó otra pieza a la vivienda. El mobiliario era sencillo y práctico. En el salón, dos mesas de juego, otra para las comidas y una docena de sillas tapizadas en cuero verde. En el dormitorio, las camas de los padres, un lavabo y dos inmensos arcones repletos de ropa blanca.

Los techos eran altos; los muebles, de dimensiones respetables. Los asientos, simplemente rellenos con estopa, conservaban como la cera las marcas de los traseros que en ellos se posaban.

En esa vivienda fue donde el segundo hijo de Dostoievski pasó toda su infancia. Había nacido el 30 de octubre de 1821. Lo bautizaron el 4 de noviembre en la iglesia Pedro y Pablo del hospital de los pobres. Le pusieron por nombre Fiódor, como su abuelo materno.

Los días se sucedían en sana monotonía. Un programa riguroso y la falta casi total de distracciones anulaban hasta la noción del tiempo en esa familia que, en suma, se sentía feliz.

Se levantaban a las seis de la mañana. A las ocho, el padre abandonaba la casa para cumplir su recorrido del pabellón al que estaba asignado. Los sirvientes aprovechaban su partida para ordenar la casa y encender las estufas. Volvía a las nueve y salía de inmediato a visitar a sus pacientes de la ciudad. Se almorzaba al mediodía. Después de esa comida, el doctor se encerraba en el salón y dormitaba durante una hora y media o dos en un viejo sofá de cuero. Los días de verano, uno de los niños debía permanecer al lado de Mijaíl Andréievich y espantar las moscas de su rostro con una rama de tilo. Si un insecto burlaba la vigilancia del centinela y despertaba al durmiente posándose en su nariz, los gritos y reprimendas le quitaban el apetito para toda la tarde. “¡Pobre el que dejara pasar una mosca!”, escribirá Andrés Dostoievski en sus *Recuerdos*. Toda la tribu, por lo demás, se aplicaba a proteger esa siesta patriarcal. En la habitación contigua, la familia reunida en torno a la mesa redonda hablaba en voz baja, contenía la risa, temblaba al menor gruñido del amo adormilado.

El murmullo furtivo de esas reuniones acunó la infancia de Dostoievski. A María Fiódorovna le gustaba contar mil recuerdos extraños acerca de sus padres. Su padre había huido de Moscú cuando los franceses entraron a la ciudad en 1812. Al cruzar un río, el coche donde viajaba se hundió en el agua. Luego le fue imposible despegar uno de otro los billetes de banco que llevaba apretados en sus maletas. La voz de María Fiódorovna era dulce; sus ojos, tiernos y misteriosos. ¡Qué agradable era vivir cuando el padre dormía!

Pero, a los relatos de su madre, los niños preferían los cuentos de hadas de la “niania”, Aliona Frolovna.

Aliona Frolovna ocupaba un lugar importante en la casa. Era una mujer enorme, hinchada de grasa superfina, y cuyo vientre, al decir de Andrés Dostoievski, le llegaba exactamente a las rodillas. Su vestimenta era impecable, y siempre iba tocada con un gorro de tul blanco. Su apetito no tenía límites. Y, sin embargo, ese comfortable mastodonte sufría de los pulmones, lo que causaba gracia al doctor.

Me escribes que la mujer de cuarenta y cinco *pouds* ha empeorado y que, por otra parte, a ustedes les ha costado mucho descargar y cargar el carruaje; llego a la conclusión de que no hay mal que por bien no venga, pues imagino que habrá perdido por lo menos veinte *pouds* [sic]. En consecuencia, esa disminución de peso será muy apreciada por los caballos y por el coche.

A Mijaíl Andréievich le gustaba bromear acerca de las manías de la pobre mujer. Aliona Frolovna tenía muchas. Así, afirmaba que el buen Dios exigía a todo cristiano comer un bocado de pan entre cada bocado de carne, de pescado o de legumbres. Según ella, solo el gruan, una especie de sopa de avena, podía tragarse sin “acompañamiento”. “Mastica un pedazo de pan primero, pequeño, y luego ponte la comida en la boca. ¡Así lo quiere Dios!”.

Su única debilidad era aspirar rapé. Un vendedor mugriento la visitaba en fechas determinadas. El mayor divulgaba que eran novios. “¡Vaya! ¡Que el cielo lo perdone! Mi prometido es el Señor y no un mercader de tabaco cualquiera!”, se indignaba la pobre mujer.

Por la noche, solía lanzar aullidos bestiales. Los niños se despertaban, helados de espanto. Su padre saltaba de la cama y la sacudía hasta que se despertaba:

–Te prevengo –le decía–. Si sigues berreando, así ordenaré que te sangren tres libras.

En realidad, la sangraban casi todos los días, sin resultado.

El doctor también le aconsejaba comer un poco menos. Pero ella pretendía que le bastaba dormirse con el estómago vacío para soñar con gitanas, algo muy desagradable. Y, vencido por cansancio, Mijaíl Andréievich cedía. En verdad, Aliona Frolovna fue la única que supo enfrentarse a ese César doméstico. Más de una vez, hasta protegió a los niños de sus cóleras. Era “ciudadana de Moscú” y se mostraba orgullosa de

serlo. Tuteaba a los pequeños. No decía “*barin*”, el “señor” respetuoso que hubiera correspondido para dirigirse a su amo, sino que lo llamaba por su nombre, Mijaíl Andréievich, como si no hubiese sido una sirvienta. Además, guardaba las llaves de la bodega y de la despensa, lo que era una incuestionable distinción honorífica.

La familia Dostoievski tomaba el té a las cuatro de la tarde, y la velada transcurría alrededor de la mesa redonda iluminada por dos candelas de sebo, pues las velas de cera se reservaban para las comidas de aniversario. Esas reuniones en torno a la mesa redonda implicaban obligatoriamente una sesión de lectura en voz alta. El padre, la madre, más tarde los niños, leían por turno la *Historia de Rusia* de Karamzin, las *Odas* de Deriavin, los *Poemas* de Jukowski, la novela *La pobre Lisa*, o versos de Pushkin. Mijaíl Andréievich Dostoievski era bastante culto para un hombre de su condición. Exigía –hay que rendirle justicia– que sus hijos fuesen educados en el respeto de las letras y de las artes.

La cena se servía a las nueve en punto. En cuanto se levantaban de la mesa, los niños besaban a sus padres, se arrodillaban ante las imágenes santas para la oración de la noche e iban a su habitación sin ventanas, oscura, silenciosa, donde los muebles, súbitamente terroríficos, les tendían las emboscadas de sus brazos amenazadores, de sus asientos vivientes, de sus literas mágicas; Fiódor temía a la oscuridad, y su hermano Miguel no era mucho más valiente. Pero se dormían pronto, con la mirada fija en la llamita del ícono, que palpitaba como un ala contra la pared.

Las distracciones eran raras en la casa de los Dostoievski. Dos veces al año, las nodrizas de los niños (María Fiódorovna solo había amamantado a su hijo Miguel) venían desde sus lejanas aldeas a visitar a sus ex hijos de leche. “Llegó Lukeria”, anunciaba Aliona Frolovna a su ama. Y Lukeria entraba en el salón, con la cabeza llena de cintas y los pies calzados en sandalias de corteza. Se persignaba en el umbral, saludaba y distribuía a los niños las galletas campesinas que traía en un pañuelo de vivos colores. Luego se iba a la cocina.

Pero, al caer la tarde, se deslizaba en la pieza donde la aguardaban los pequeños, se sentaba junto a ellos y, en la oscuridad propicia a los milagros, les contaba a media voz las aventuras del zarévich Iván, o de Barba Azul, o del Pájaro de Fuego, o de Aliosha Popovich. Hablaba la vieja lengua campesina, sabrosa, lenta, apoyándose mucho en las sílabas en “o”. Los niños escuchaban, aterrorizados y encantados: “El boyardo se detuvo en la encrucijada de los caminos”. Una vez solos, discutían los méritos comparados de sus nodrizas. ¿Era la de Varenka o la de Fiódor la que sabía los más bellos cuentos?

Los padres de Fiódor Dostoievski recibían pocas visitas. Mijaíl Andréievich era bastante huraño y no le gustaba acostarse tarde. Por su voluntad, la familia vivía replegada sobre sí misma. ¿El teatro? Llevó a sus hijos dos o tres veces, excepcionalmente. Después de la representación de *Yaco o el mono del Brasil*, Fiódor se aplicó durante semanas a imitar al actor que hacía el papel de mono. Y *Los bandidos* de Schiller, interpretado por Machalov, le hizo “perder el sueño”. ¿Los paseos? Eran patriarcales y aburridos como corresponde. En verano, a una hora fija, toda la familia iba al prado cercano al hospital. Al pasar ante el puesto de guardia del Instituto Alejandro, dejaban caer una moneda a los pies del centinela, que la recogía subrepticamente. Mientras caminaban, el padre sostenía con su progenie conversaciones elevadas y útiles: aritmética, geometría... Estaba prohibido correr por el césped, porque, al decir de Mijaíl Andréievich, un niño educado no debía rebajarse a brincar como desesperado. Tampoco debían entablar relación con “niños desconocidos”. También estaban proscritas las distracciones inocentes tales como la pelota o el frontón, juegos buenos precisamente para el vulgo.

Los domingos y días de guardar iban a la misa vespertina. Las noches de fiesta jugaban a los reyes. Y, para el cumpleaños de su padre, los niños escribían cumplidos en francés en un papel de lujo que luego ataban con una cinta. Más tarde, hasta le recitaban poesías aprendidas

de memoria para la ocasión: Pushkin, Jukowski e, inexplicablemente, ¡fragmentos de la epopeya *La Henriade* de Voltaire!

En medio de ese pequeño clan, crecía Fiódor Mijáilovich Dostoievski, cortados todos sus contactos con el mundo exterior, privado de amigos, de experiencia, de libertad. Esa niñez en una campana de cristal, ese desarrollo artificial de la sensibilidad, habrían de marcarlo para toda su existencia. “Nosotros estamos desacostumbrados a la vida”, dice uno de sus héroes. El mismo Dostoievski tampoco pudo acostumbrarse a ella.

Empero, no hay que deducir que Fiódor Mijáilovich fuera un niño triste y tranquilo. Su vulnerable inocencia no le impedía ser turbulento, irascible, travieso, autoritario por momentos. Si jugaba a las cartas con sus padres, se las ingeniaba para hacer trampa, con gran desconcierto de Mijaíl Andréievich. Los paseos en coche lo ponían en un estado de inquietud febril. La menor diversión lo exaltaba. Después de ver a un corredor en una barraca de feria, se puso a trotar por el jardín con un pañuelo entre los dientes, los codos pegados al cuerpo, hasta el agotamiento. “No me asombran, amigo mío, las fechorías de Fiódor, pues de él podrá temerse siempre cualquier cosa parecida”, escribe María Fiódorovna a su marido. Y el padre, para reprender a sus hijos, tiene palabras verdaderamente proféticas: “¡Ah, Fiodia!* ¡Cálmate! ¡Así te perjudicarás! ¡Terminarás con el gorro rojo!”. En efecto, Fiódor Mijáilovich, una vez liberado de la cárcel, habría de llevar ese gorro rojo que usaban los soldados rasos.

Una reja separaba el jardincito de los Dostoievski del vasto parque del hospital. Pese a la prohibición del doctor, a Fiódor le gustaba trabar relación con los enfermos que tomaban aire, vestidos con batas de paño beige y gorros de algodón en la cabeza. No le repugnaba esa humanidad doliente y fea; lo enternecía, hasta lo atraía. Sí, el pequeño burgués

* Diminutivo ruso de Fiódor.

solitario buscaba la compañía de esas personas vencidas, tímidas, miserables, dejadas de lado por un mundo que él no conocía. ¿De qué pobres dramas, de qué humildes desventuras eran los lamentables desechos? ¿Cómo podían serle extraños a pesar de sus diferencias de edades y de posición social? Cuando el padre sorprendía a Fiódor conversando con un interno del hospicio, lo reprendía con creciente rigor. El mayor de sus hijos, Miguel, era tranquilo, quizás un poco demasiado soñador, pero dócil en suma. El más pequeño, Andrés, le daba toda clase de satisfacciones. ¡Pero Fiódor! “¡Es un verdadero demonio!”, decían sus padres. Y para calmar la excesiva turbulencia del chicuelo, el doctor le explicaba en detalle cuán pobres eran, cuán difícil les resultaría “hacerse una posición”, cómo debían moderar sus esperanzas. Un cuadro tan oscuro del futuro aterrorizaba a los niños. No hay duda de que esas desagradables prédicas de Mijail Andréievich desarrollaron en su hijo ese temor a toda relación, esa excesiva susceptibilidad, esas amenazantes dudas que padeció hasta su muerte. “Tomen ejemplo de mí”, les decía el padre. ¡Si hubiese sabido cuánto temía su hijo parecersele! ¿No fue por reacción contra la avaricia paterna que fue tan generoso, por reacción contra su severidad que demostró tanta indulgencia? Así se probaba que no tenía nada en común con su padre. Parece haber experimentado hacia su padre sentimientos confusos y contradictorios. Le temía, lo detestaba por momentos, hasta sentía por él cierta repugnancia física. “¿Quién de nosotros no ha deseado la muerte de su padre?”, exclama Iván Karamazov. Pero a veces tenía raptos de piedad, se indignaba por estar tan alejado del autor de sus días. “¡Cuánto compadezco a mi padre! ¡Qué carácter extraño!”, escribirá a su hermano Miguel. Y la muerte del doctor lo afectó tanto más cuanto menos seguro estaba de haberlo amado.